

El culto al «tío» en las minas bolivianas

Gerardo Fernández Juárez

Cuentan los mineros quechuas potosinos de las alturas y socavones coloniales del «Cerro Rico» que las vetas del preciado mineral de plata tienen un propietario exclusivo: pertenecen al «tío», quien las muestra y esconde a su capricho y voluntad. En tiempo de los incas, según las narraciones populares, no era preciso trabajar tanto para hacerse con los minerales preciosos; a un requerimiento del inca todos los minerales del interior afloraban a la superficie. El inca, al comprobar el interés desaforado de los españoles por el oro y la plata, ordenó a los minerales preciosos esconderse en lo más profundo de la tierra para que sólo con esfuerzo, sacrificio y vidas humanas pudieran ser finalmente alcanzados. Desde entonces la vida del minero está relacionada con los socavones, las interminables galerías, el esfuerzo titánico para extraer el mineral con sus barrenas y percutores; la hoja de coca mascada es un complemento indispensable para adentrarse en las profundidades de estos túneles abiertos por encima de los 4.000 metros de altura. Aroma denso y calor sofocante en el interior, frío glacial en el exterior. El *akulliku* colectivo de las hojas de coca constituye el único respiro que los mineros se permiten a lo largo de la dura jornada en el interior de la explotación. Junto a ellos, formando parte del dominio de los lóbregos túneles anegados por el barro y la oscuridad, está el «tío».

La mina «Santa Rosita» situada en pleno Cerro Rico de Potosí en Bolivia, es explotada actualmente por una pequeña cooperativa de mineros tras el profundo descalabro del sector y la caída de los precios del estaño, que dio lugar durante los años ochenta a traumáticos procesos de reacomodo y relocalización de miles de familias mineras. El socavón, de planta colonial, posee yacimientos en forma de vetas de irregular grosor en las que destaca la presencia de plata y zinc en diferentes concentraciones y pureza. La explotación se lleva a cabo de forma casi artesanal predominando el empleo de cinceles, barrenas y dinamita. El mineral desmenuzado se carga en recipientes que semejan serijos que se portan sobre las espaldas para, finalmente, amontonar los fragmentos de mineral en el exterior de la mina. Cada minero separa el mineral que obtiene de las vetas en el exterior del socavón.

Al final del primer corredor de la mina Santa Rosita se aprecia una figura que a duras penas se distingue entre las tinieblas del socavón. Es «tío» Óscar, más antiguo y pequeño que «tío» César, situado en el segundo nivel, a mayor profundidad de la mina colonial. «Tío» César ha sido testigo de este proceso decadente del sector y observa imperturbable los quehaceres de sus protegidos. Hace unos años una de las principales empresas privadas localizadas en el Cerro Rico encontró una veta de enormes proporciones que no fue violentada durante la explotación colonial. David Almendra, trabajador de la mina Santa Rosita, atribuye al pacto efectuado con el diablo (el «tío») por parte de los directivos de la principal empresa minera que descubrió la «veta Potosí». Según el relato de David, los propietarios sacrificaron varios fetos humanos al «tío» quien les ha correspondido con la monumental veta de plata, de gran pureza, para su explotación exclusiva. El «tío» es el diablo; sin embargo, ningún minero se dirige a él como «demonio» o «diablo»; lo cortés y correcto es tratarle como «tío», fórmula que corresponde a la relación estrecha que los mineros establecen con él.

El diablo, en los Andes, presenta diferenciadas caracterizaciones. El término genérico de *supay* para referirse al demonio, contrasta con otras valoraciones indígenas de cierto talante ambiguo como implica la denominación *saxra* («maligno»). Especialistas sobre las culturas andinas han relacionado en diferentes sectores y épocas la presencia festiva de diablos y demonios con el culto a los difuntos. La representación más consolidada, incluso desde su perspectiva iconográfica, del demonio en los Andes bolivianos corresponde al contexto específico de los danzantes de la «diablada» y al dominio de los mineros y sus diferentes muestras de culto al «tío».

Cada mina o socavón posee uno o varios «tíos», según las dimensiones del yacimiento y sus proporciones. En las minas de mayor desarrollo vertical como la conocida Siglo XX en Norte de Potosí es corriente localizar un «tío» por nivel. Poseen nombres humanos (tío Óscar, tío César, etc.) o bien se identifican por los niveles de trabajo. Los lugares abandonados, donde las faenas se suspendieron hace años, resultan muy peligrosos y dicen que el «tío» de dichos sectores se cobra vidas humanas porque se encuentra hambriento y desatendido. Los accidentes que de vez en cuando salpican la actividad de los mineros de forma trágica se achacan a descuidos en las relaciones cordiales y obligaciones que cada cooperativa, o cada nivel, debe guardar con su correspondiente «tío». Al «tío» es preciso ofrecerle «trago» (alcohol), cigarrillo y hojas de coca cada martes y viernes, antes de iniciar las labores. Igualmente hay que compartir con él, cada martes de *ch'alla* en carnaval, y ofrecer al socavón un «pago», *k'araku* u

ofrenda ceremonial en agosto, la víspera del primero de agosto, consistente en una *wilancha* o sacrificio de sangre de alguna llama o alpaca.

«Tío» César es de mayor porte y prestancia que «tío» Óscar. Se encuentra en el nivel más profundo de Santa Rosita y su poder y prestigio son superiores. Está configurado de barro seco, si bien hay «tíos» elaborados de piedra tallada y madera. El núcleo interno del «tío», a partir del cual se moldea su figura, es de un metal cuya variedad depende del mineral trabajado en el yacimiento. Suele estar sentado en su trono de autoridad puesto que el socavón, el dominio interno de la mina, constituye su reino. «Tío» César posee una talla a escala humana y muestra ciertas deformidades en el cuerpo. Luce bigote y una boca entreabierta dispuesta a recibir el alcohol, la cerveza y los cigarrillos que los mineros le ofrecen. Posee un descomunal pene en erección, muestra inequívoca de la fertilidad que el «tío» supone para el yacimiento. En algunos casos los «tíos» están fabricados de tal forma que esconden un canal interior que pone en contacto la boca con el pene con lo cual, cuando se vierte algún líquido por sus fauces, se desparrama luego a través del pene ante la mirada incrédula de los mineros novatos y las risas y bromas de los veteranos. La cornamenta de «tío» César coincide con el estereotipo de demonio exportado desde España, durante la Colonia, a los Andes. Es uno de los atributos característicos de los «tíos» en las minas bolivianas, si bien adaptado al contexto cultural específico del socavón, en el interior de la mina. El cuerpo del «tío» es desproporcionado, pequeño como en el caso de «tío Oscar», o bien de talla casi humana, como «tío César»; las manos están desplazadas hacia adelante en actitud receptiva de las ofrendas de los mineros. Los pies en contacto con el suelo están calzados con las correspondientes botas mineras; en otras referencias etnográficas, los «tíos» tienen los pies cambiados, el derecho al lado izquierdo y el izquierdo al derecho. El «tío» tiene su contraparte femenina, la «tía» o la «china», figura inspirada en el baile de la «diablada»; en otros casos se dice que la consorte del «tío» es la propia «madre tierra», *Pachamama*, a quien se conoce, en los yacimientos del Norte de Potosí, como «la vieja».

Tío César muestra un tono cobrizo sobre la superficie de su cuerpo que reverbera con la luz que emerge de los guardatojos mineros. En la tradición cristiana el diablo es rojo por su relación con el fuego de la condenación eterna, el pecado y la fuerza de la sangre, aunque puede ser negro e incluso azul. Sin embargo, en los Andes, el color rojo vincula al diablo con la *Pachamama* de la que, según algunas versiones, es su consorte.

Los alrededores donde se encuentra la imagen de «tío» César están repletos de bolos de hojas de coca mascada, cigarrillos a medio fumar y restos

de libaciones ceremoniales que humedecen el suelo a los pies del «tío». Al «tío» le piden los mineros «suerte», protección y alguna que otra veta para ir saliendo adelante.

El interior de la mina pertenece al «tío» y los mineros. Las mujeres, en principio no pueden entrar ya que se considera mal augurio y causa suficiente como para que las vetas desaparezcan; lo mismo sucede si entra algún sacerdote o «tata cura». Las mujeres deben quedar en el exterior de la mina; las que así trabajan recogiendo los restos de mineral entre los desechos son las *phalliris*, con frecuencia, mujeres viudas de mineros fallecidos en el socavón. Las *phalliris* rescatan el mineral que pueden entre los desperdicios del exterior a cambio de una miseria de dinero. En algunas circunstancias especiales las mujeres trabajan en el interior de la mina; son tildadas de «hombrunas» por sus compañeros varones. La normativa de que las mujeres deben permanecer en el exterior de la mina afecta igualmente al campo ceremonial y a las diferentes advocaciones marianas representadas en los parajes mineros y sus entornos.

El hermano de David Almendra pisó una víbora en el interior de la mina lo que le produjo un tremendo sobresalto. Se alarmó en extremo por cuanto a su entender significaba que el «tío» le había elegido para darle en propiedad una veta. A raíz de aquel encuentro el hermano se vuelve como loco cada vez que ve al «tío»; los ojos de «tío César» destellan fuego y no lo puede soportar, describe David. Sin embargo tiene suerte con las vetas por cuanto descubre mucho mineral de calidad al ser el predilecto del «tío».

Las obligaciones ceremoniales con el «tío» son improrrogables; si los mineros y los directivos de las empresas mineras no «pagan» al «tío» cuando corresponde, éste actúa de dos formas: por un lado retira el mineral, esconde las vetas, por otro lado puede cobrarse la deuda con vidas humanas. Así sucedió, según el testimonio del propio David, con los hermanos que descubrieron la «veta Potosí» y se hicieron millonarios; adquirieron una empresa de «flotas» (autocares de línea) que unían las ciudades de Sucre y Potosí. Hicieron pacto con el «tío» entregándole en sacrificio varios fetos humanos, pero se olvidaron de reproducir el pacto cada primer y último viernes de mes en que debían sacrificar al «tío» un gallo rojo en cada ocasión. Por esta circunstancia el «tío» se cobró a cambio decenas de vidas humanas a través de las «flotas» que se accidentaron en el peligroso corredor montañoso existente entre las dos ciudades.

El «pago» al «tío» se realiza especialmente durante el mes de agosto, en concreto la víspera del primero de agosto, momento en que la tierra está «abierta» y acostumbra recibir dones y ofrendas complejas. El mes de